

¿Modernidad Reflexiva o Modernidad Irreflexiva?. Un análisis centrado en la década del '90.

Hernán Fair.

Cita:

Hernán Fair (2007). *¿Modernidad Reflexiva o Modernidad Irreflexiva?. Un análisis centrado en la década del '90.* VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/98>

¿Modernidad Reflexiva o Modernidad Irreflexiva? Un análisis centrado en la década del '90ⁱ

Hernán Fair

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

herfair@hotmail.com

1. INTRODUCCIÓN

A partir de la década del '60 del siglo pasado asistimos a una nueva etapa del desarrollo caracterizada por múltiples transformaciones. Mientras para algunos se trata del ingreso a una era postmoderna, otros se han referido a la presencia de un capitalismo tardío o al postindustrialismo. Desde un enfoque más reciente, algunos sugieren que asistimos al fin de la "modernidad simple", ligada al industrialismo y la ideología del fatalismo, y el nacimiento de una "modernidad reflexiva", caracterizada por el renacimiento de lo político y la contingencia de lo social. Desde esta perspectiva, cuyos máximos exponentes son Ulrich Beck (1996) y Anthony Giddens (1995 y 1996), estaríamos presenciando en estos últimos años una transformación que superaría la visión de "riesgo externo", la que sería reemplazada por una nueva etapa caracterizada por el "riesgo manufacturado". El objetivo de este trabajo es analizar críticamente esta teoría. Para ello, haremos hincapié en las transformaciones acontecidas durante la década del '90. Específicamente, nos centraremos en los cambios y consecuencias generados en los diferentes campos (político, económico y social) durante lo que se ha dado en llamar la "globalización neoliberal". Sostenemos que este orden ha desarrollado en las últimas décadas una creciente asimetría de poder entre los Estados, profundas transformaciones en la estructura productiva y en la estratificación social e importantes modificaciones en las pautas de consumo. En segundo término, planteamos que ha producido también cambios que afectaron a la propia visión acerca de la política y que ponen en cuestión a la llamada Teoría de la Modernización Reflexiva.

2. LAS TRANSFORMACIONES DE LA MODERNIDAD EN LA NUEVA ERA GLOBAL

A partir de la década del '60 del siglo pasado la modernidadⁱⁱ ingresó en una nueva etapa caracterizada por múltiples transformaciones. Comenzando por el campo político, se asiste a una disminución de las soberanías estatales, socavadas por el poder creciente que adquieren los organismos transnacionales, principalmente el FMI, y las empresas multinacionales. Asimismo, se acrecienta la asimetría de poder entre los Estados y, desde el colapso del comunismo, un orden mundial unipolar hegemonizado política, cultural, económica y militarmente por una única superpotencia imperial. Al mismo tiempo, se observa una pérdida de identificación a nivel mundial con los partidos, los sindicatos y la actividad política en general, lo que se relaciona con la plena vigencia que adquiere el individualismo de carácter hedonista y la desestructuración de los vínculos sociales (García Delgado, 1994).

En el campo económico, finalmente, asistimos al fin del fordismo o keynesianismo y el surgimiento y expansión del neoliberalismo. Este cambio de paradigma significó el fin de una economía industrializada, ligada a la producción y el consumo masivo, y el desplazamiento hacia una economía postindustrial, ligada a los servicios y a la información. Este proceso se verifica en el desplazamiento desde un capitalismo estadocéntrico, o “capitalismo organizado”, donde el Estado era el principal actor, a un capitalismo “mercado-céntrico”, en el cual el mercado pasa a ocupar esa función (Cavarozzi, 1997).

En esta nueva etapa se radicalizan, además, las “discontinuidades” que caracterizan a la modernidadⁱⁱⁱ (Giddens, 1993). Por un lado, el “ámbito de cambio” se amplía hasta generar una interdependencia comercial y financiera entre los Estados cada vez mayor. Los capitales dejan de estar inmovilizados en las fábricas y en los mercados locales de trabajo, como ocurría anteriormente, y fluyen de un lado al otro del planeta de manera constante y veloz. El resultado de ello es un incremento de la separación espacio-temporal, potenciado por la importancia creciente que adquieren las diferentes formas en las que se representa el dinero (cheques, etc.). Por el otro, el “ritmo de cambio” se ve fuertemente incrementado como consecuencia de la revolución en el transporte y las telecomunicaciones, lo que se expresa en la extensión mundial de la televisión, el video, la digitación, el grabador y, en particular, Internet (Giddens, 2000).

Estas transformaciones, iniciadas a partir de la década del '60, comenzarán a desarrollarse a partir de los '70, con la crisis del petróleo^{iv}, y durante la década del '80, adquiriendo una proyección mundial definitiva desde comienzos de los años '90, con el colosal desarrollo de las corporaciones transnacionales, la expansión del capital financiero y especulativo y el colapso del comunismo (Minsburg, 1999: 20). El resultado de ello será la presencia de un fenómeno conocido comúnmente como globalización o mundialización. Este fenómeno, sin embargo, no habría podido ser posible sin la fusión que el mismo estableció con el neoliberalismo. A continuación analizaremos el modo como se construyó esa ligazón y las características que asumió durante la fase crítica de expansión mundial del neoliberalismo.

3. LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

El neoliberalismo es un modelo económico surgido en la posguerra como una reacción teórica y política contra el Estado de Bienestar (Anderson, 1997; Ezcurra, 1998: 35). Creado por Friedrich Hayek y Milton Friedman, comenzó a implementarse en 1973, durante el régimen dictatorial del General chileno Augusto Pinochet y en 1976, durante la dictadura militar argentina^v. Unos años más tarde, fue instaurado por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. Luego de propagarse por el resto de Europa y toda Latinoamérica desde finales de la década del '80, a comienzos de la década siguiente se expandió a los ex países comunistas, adquiriendo una hegemonía a nivel mundial.

Para entender esta hegemonización debemos tener en cuenta que, a comienzos de la década del '80, los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher llevaron a cabo una “reorganización ideológica” que resultaría clave. En efecto, si anteriormente estos sectores habían apoyado a gobiernos dictatoriales para evitar el “peligro rojo”, su punto de partida actual consistía en

conciliar los principios neoliberales con los valores democráticos. Según la nueva concepción, no podría haber democracia sin capitalismo, ya que los dos eran considerados intrínsecamente inseparables^{vi}. La valorización de los principios democráticos fue acompañada, al mismo tiempo, por una “firme voluntad internacionalista” que impulsó la expansión mundial del proyecto de capitalismo democrático en clave neoliberal (Ezcurra, 1998). El resultado fue el esparcimiento del modelo en los países de Latinoamérica y en los ex países comunistas del este hacia finales de la década del ‘80 y comienzos de los ‘90. En segundo término, la expansión mundial de la globalización neoliberal fue posible debido a que la crisis de la deuda, iniciada a comienzos de los ‘80, obligó a los países latinoamericanos a pedir préstamos a los organismos internacionales de crédito^{vii}. Los técnicos que formaban parte de esos organismos, principalmente del FMI, comenzaron a exigir la implementación de férreas políticas de estabilización macroeconómica, en especial en materia de presiones inflacionarias y de las cuentas fiscales y externas, y la realización de reformas de mercado. Estos ajustes y reformas estructurales, fuertemente alentados, como dijimos, por los sectores neoconservadores, apuntaban a una profunda reorganización del Estado y la sociedad orientada a través de políticas de privatización de empresas estatales, desregulación de los mercados internos, apertura radical de las economías al capital transnacional y contracción del gasto público social (Ezcurra, 1998).

A partir de allí, los teóricos del neoliberalismo comenzaron a referirse a la existencia de un proceso inevitable que sería denominado corrientemente como globalización. Este fenómeno, que en realidad tiene antecedentes que se remontan a los orígenes del capitalismo^{viii}, exigía el cumplimiento de determinadas “reglas” para formar parte del mismo. De esa tarea se ocuparon los técnicos de los organismos multilaterales y las grandes potencias mundiales, quienes afirmaban que, si los países menos desarrollados aplicaban sus “recetas” (conocidas como Consenso de Washington), lograrían la llegada masiva de inversiones. Esto permitiría a sus países “insertarse en el mundo”, obtener el crecimiento de sus economías y generar, mediante una “mano invisible”, el “derrame” que garantizaría el “desarrollo sustentable”. Esta imposición de “recetas” fue acompañada, además, por un discurso que aseguraba que la única respuesta posible ante la globalización era la sumisión pasiva como si se estuviera en presencia de un fenómeno inevitable como son las catástrofes naturales. Si se respetaba a las “fuerzas del mercado”, esta visión fundamentalista prometía que el crecimiento de la economía mundial sería más rápido y estable, y que los frutos del desarrollo se distribuirán entre todos los habitantes del planeta (Bauman, 2003). Como veremos a continuación, esta visión de la globalización neoliberal produjo importantes consecuencias políticas, económicas y sociales.

4. LAS CONSECUENCIAS DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

La aplicación del neoliberalismo a escala global generó importantes transformaciones en los campos político, económico y social. Para entender esta cuestión debemos tener en cuenta, en primer lugar, el pronunciado cambio experimentado en el mapa sociopolítico y económico que se llevó a cabo a partir de la década del ‘70 y principios de los ‘80. Esta descomunal redefinición de poder, causada por la liberalización económica y la flexibilización laboral, se

tradujo en posiciones de liderazgo alcanzadas por tres actores, los cuales hicieron valer no sólo sus intereses, sino también sus cosmovisiones generales. Esos actores fueron los líderes políticos pro-reformas, los grupos empresariales vinculados a este tipo de políticas, y los organismos multilaterales de crédito (Repetto, 1999: 150). A estos sectores debemos agregar el inmenso poder político y económico, y la influencia que esto significaba, de los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher, los más importantes países que defendían e intentaban expandir el modelo neoliberal. Estos sectores, constituidos por un pequeño número de grandes empresas (las corporaciones transnacionales) y grandes países (el Grupo de los Ocho), se vieron enriquecidos en desmedro de una pauperización creciente de la mayoría de los países y la inmensa mayoría de las personas. En efecto, al tiempo que se beneficiaba a los sectores de mayor poder político y económico, el nuevo orden global debilitaba fuertemente a los sectores ligados a las industrias nacionales y a los sindicatos, principalmente a los obreros y, particularmente, a los obreros de los países del llamado Tercer Mundo. En estos países, el incentivo a la privatización de las empresas públicas y la apertura irrestricta al capital transnacional de los productos fabricados en el Primer Mundo, generó un fuerte proceso de desindustrialización, acompañado por una reducción numérica, fragmentación y heterogeneidad de la clase obrera^x. Mientras que en el campo económico esto se tradujo en un incremento descomunal del desempleo, la precarización laboral, la desigualdad y la pobreza^x (Sader, 2003), en el campo social se tradujo en una pérdida de identificación entre un “nosotros” y un “ellos” (Lash, 1997a; Bourdieu, 1999). Al mismo tiempo, esta pérdida de “solidaridad orgánica”, ocasionó un declive del poder político de los sectores populares, principalmente en el ámbito sindical. Si bien surgieron otras identidades más localizadas que fomentaron un mayor pluralismo en los sectores izquierdistas hacia minorías raciales, étnicas, de género y sexuales, se produjo un declive que terminaría por despolitizarlos.

Esta despolitización, sin embargo, no sólo afectará a los sectores obreros, sino que incluirá también a gran parte de la sociedad, expresándose en un notorio declive a nivel planetario en el apoyo a los partidos, sindicatos y a la actividad política en general (Cavarozzi, 1997). Para entender esta cuestión, más allá de los cambios estructurales producidos por el neoliberalismo, debemos tener en cuenta también el incentivo a la competitividad y al “sálvese quien pueda” exigido por el mercado y el auge del consumo de bienes materiales^{xi}, factores que terminarán por promover la apatía hacia la política y el refugio en el “privatismo” (García Delgado, 1994).

Como podemos observar, las transformaciones en los diferentes campos produjeron, durante los años '90, una fuerte inacción social. Esta apatía se vio incrementada, además, por dos elementos que consideramos clave. Por un lado, la vigencia de una visión “mecanicista” de la globalización. Esta visión entiende a la globalización como un fenómeno “natural” como es la lluvia, y cree, en ese sentido, que si nos atrevemos a actuar, sobrevendrá el “caos”. (Coraggio, 1999; Aronskind, 2001). Por el otro, la prevalencia de un “pensamiento único” que, tras el fracaso del comunismo, considera que “no hay alternativas” (Borón, 1999).

La llamada Teoría de la Modernización reflexiva afirma, sin embargo, todo lo contrario. Antes de desarrollar nuestra crítica, recordaremos rápidamente sus principales postulados.

5. ¿MODERNIDAD REFLEXIVA O MODERNIDAD IRREFLEXIVA?

Según Scott Lash (1997b), hay 3 etapas fundamentales en el desarrollo de la sociedad: la tradicional, la “modernidad simple” y la “modernidad compleja”. La primera se basaba en lazos comunitarios entre los individuos, la segunda se apoyaba en lazos colectivos. En la época actual, en cambio, estaríamos asistiendo a una mayor liberación. En este sentido, mientras que en la modernidad simple existía un sometimiento de los sujetos, en la época actual estaríamos en presencia de una “modernidad reflexiva” que se caracterizaría por ser una sociedad con un creciente poder y autonomía de los actores sociales. Según este autor, este creciente poder de los sujetos se manifiesta en su liberación de estructuras sociales tales como los sindicatos, el Estado asistencial, las reglas laborales tayloristas y la burocracia gubernamental (Lash, 1997b: 141-142).

Ulrick Beck (1996), en la línea de Lash, también denomina a la época actual como “modernidad reflexiva”. Según sostiene, durante la “modernidad simple” prevalecía un orden industrial que enjaulaba a los individuos. Actualmente, en cambio, estaríamos en presencia de una “modernidad reflexiva” en donde los individuos se liberan de esa “jaula de hierro” weberiana. Además, en esta nueva época, los “fatalismos” que caracterizaban a la modernidad simple se ven debilitados. En su lugar, se comienza a dar cuenta que las estructuras pueden ser transformadas por la acción humana.

Junto con los elementos positivos de la modernidad, prevalecen, sin embargo, elementos negativos, en lo que denomina la “globalización de los efectos colaterales”. Beck hace hincapié, principalmente, en el riesgo que adquieren los problemas ecológicos y militares. En este sentido, se refiere a que estamos asistiendo a una “sociedad de riesgo”. No obstante, considera que en la época actual los sujetos se dan cuenta de que pueden intervenir sobre los efectos colaterales de la modernidad al tomar conciencia de que el daño depende enteramente de ellos, en lugar de hacerlo de factores externos. Se produce, entonces, una “reinención de lo político” (Beck, 1996).

Anthony Giddens (1995), finalmente, afirma que en la cultura tradicional y en la etapa industrial moderna, lo que para Beck y Lash constituye la “modernidad simple”, los seres humanos estaban preocupados solamente por los riesgos de la naturaleza externa (malas cosechas, inundaciones, plagas o hambrunas). A partir de la globalización (es decir, en la época de “modernidad reflexiva”), empezamos a preocuparnos, en cambio, menos sobre lo que la naturaleza puede hacernos y más sobre lo que hemos hecho a la naturaleza (p. 39). Esto marcaría la transición desde una sociedad de “riesgo externo” a una de “riesgo manufacturado”, es decir, una sociedad que quiere determinar su propio futuro en lugar de dejarlo a la tradición, la religión o los caprichos de la naturaleza^{xii}. Coincidiendo nuevamente con el pensamiento de Beck y Lash, Giddens asegura que el fin de esta idea de naturaleza determinante implica que ahora hay pocos aspectos del medio ambiente material que nos rodea que no se hayan visto influidos de algún modo por la intervención humana, y que muchas cosas que antes eran naturales, ahora no lo son completamente (p. 40).

5.1. Las debilidades de la Teoría

Si bien es cierto que en los últimos años comenzó a crecer la idea de que se pueden efectuar acciones para evitar las catástrofes ecológicas y naturales y

se comenzó a analizar cómo prevenir esos riesgos y otros latentes, sostenemos, en contraposición a esta teoría, que, durante la fase crítica de la globalización neoliberal, es decir, durante la década del '90, el fenómeno de la globalización era entendido más como una vuelta a la visión de "riesgo externo", que a la del "riesgo manufacturado". Para desarrollar nuestro argumento, creemos que resulta interesante analizar la perspectiva de Cornelius Castoriadis que retoma Bauman.

Según Castoriadis, en la Grecia Antigua prevalecía una visión "autónoma", en el sentido de que los seres humanos creaban las reglas de su propio comportamiento y establecían el espectro de alternativas que debían de sopesar para decidir sus decisiones (citado en Bauman, 2003: 88). En la era premoderna, en cambio, la estrategia autónoma fue transformada en una estrategia "heterónoma", en la que el hombre no podía hacer nada frente a su destino (p. 42). Con el advenimiento de la modernidad, surgió una estrategia que combinaba la heteronomía con la autonomía. Al igual que su antecesora moderna, al individuo solamente le quedaba aceptar el destino y vivir una vida cuyos rasgos esenciales estaban ya prefijados en una totalidad duradera. Pero este tipo de sociedad era, al mismo tiempo, autónoma, en tanto subrayaba el origen humano de las totalidades (p. 43). De esta forma, le otorgaba también cierta importancia a la posibilidad de acción individual.

Partiendo de este enfoque, podemos decir, con Bauman (2003), que, si todas las sociedades son autónomas, lo que caracterizó a la nuestra durante la década pasada fue la ausencia de consciencia de esta autonomía. Una sociedad con consciencia de ser autónoma sólo sería aquella que diera cuenta que las instituciones son de origen humano y que, por lo tanto, pueden ser diferentes de lo que son (pp. 89-90). No obstante, consideramos que, si la gran novedad de las primeras fases de la modernidad era presentar al orden como una tarea que la acción humana debía impulsar, en los últimos tiempos la construcción de un orden dejó de considerarse una tarea a realizar. Se asistió, en cambio, al regreso a una visión "heterónoma", que consideraba al fenómeno de la globalización como un orden "natural", "mecánico", donde los hechos, representados por las "fuerzas" del mercado, se nos imponían de una manera inexorable (Borón, 1999). Esta sociedad heterónoma se negaba a reconocer el origen humano de las leyes que ella misma instaba a obedecer, constituyendo una sociedad que, por esta razón, se imaginaba "conformada y guiada por una autoridad que ella no ha creado: una autoridad proveniente de una fuerza externa" (Bauman, 2003, op. cit., p. 145). De esta manera, el orden global tomaba cada vez más la apariencia de un proyecto espontáneo y autoimpulsado (p. 109).

Vimos anteriormente que una de las características de la economía actual consiste en que los capitales circulan constantemente. Al hacerlo, pueden desestabilizar lo que podían parecer economías sólidas, como ocurrió en Asia (1997), y otras no tan sólidas, como las crisis en México (1994) y Brasil (1999). El sentimiento de constante riesgo se debe a que, desde la década del '90, asistimos a una economía basada en la especulación. Estos capitales son sumamente volátiles y veloces para desplazarse de un mercado a otro, con el consiguiente trastorno que ocasionan en las economías de los diferentes países afectados (Minsburg, 1999). El punto es que esta característica del orden mundial les servía a los teóricos de la globalización neoliberal como pretexto para afirmar que los Estados nacionales tenían que cumplir las

“reglas” de la globalización, ya que, en caso de que algún país se atreviera a ignorarlo, las inversiones se fugarían y se produciría el “caos” (Pucciarelli, 2002). En este sentido, se aducía que toda acción que se propusiera imponer un orden diferente al existente, sólo entorpecía el accionar, fluido y sabio, de la “mano invisible” y debía ser considerado una tarea peligrosa, condenada a arruinar y desarticular mucho más que a reparar o mejorar. De esta manera, se reforzaba la idea de que nada podía hacerse para cambiar el estado de cosas y que, si se intentase cambiarlas, las consecuencias serían catastróficas. Como señala Bauman (2003), esta “ideología imposibilista”^{xiii} (Pucciarelli, 2002) resultaba muy efectiva, ya que las personas que se sienten inseguras sobre lo que puede deparar el futuro, no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exige una acción colectiva^{xiv}.

Así, durante la década del noventa, se transformó en una realidad evidente de sentido común la creencia de que los individuos y los Estados eran impotentes frente a un poder que tomaba las decisiones fuera del ámbito de su control. Se decía, entonces, que los Estados eran incapaces de regular la velocidad de movimiento de los capitales y de evitar las trágicas consecuencias que generaba el orden global^{xv}. La consecuencia de esta visión será un incremento de la apatía y el desinterés hacia todo aquello que sea político, “naturalizando” la inexorabilidad y ausencia de alternativas al fenómeno.

Esta creciente despolitización social se vio incrementada, además, por dos elementos que consideramos clave. En primer lugar, la vigencia de un “pensamiento único” que consideraba que “no hay alternativas”. En efecto, durante la década del ‘90 se decía que este no era sólo el mejor de los mundos posibles sino que era el único que hay. De ahí, la famosa frase de Francis Fukuyama de que habíamos llegado al “fin de la historia”. Esto significaba que como se habían agotado las interpretaciones alternativas a la “democracia liberal”, se habría terminado con la lucha política-ideológica^{xvi}. En segundo término, la visión predominante del orden global que era entendido como una “aldea global”, en donde no existirían relaciones de poder ni antagonismos sociales entre los Estados. El resultado será un “pensamiento único”, transformado en sentido común, que impedirá ver las consecuencias políticas, económicas y sociales que producía este nuevo orden, al tiempo que promoverá la apatía política y el conformismo (Borón, 1999).

6. CONCLUSIONES

Podemos decir, entonces, que más que el fin de las “ideologías del fatalismo” y la consecuente “reinención de lo político” (Beck, 1996) o la existencia de un “riesgo manufacturado” (Giddens, 1995), como plantea esta teoría, durante la década del ‘90 predominó una “Modernización irreflexiva”, basada en ideas mecanicistas y deterministas que negaban, de esta manera, la contingencia de todo orden político. Si bien esta teoría suele enfatizar la importancia de la contingencia y de la acción, suele afirmar, también, que estamos en presencia de un mundo que está “más allá de la izquierda y la derecha” (Giddens, 1996) y en donde la autonomización del Estado Benefactor genera un “proceso de individuación” (Beck, 1996). De este modo, y en consonancia con la visión de la globalización como una “aldea global”, esta teoría considera que las cuestiones de los derechos sociales son reemplazadas por cuestiones “predominantemente culturales” (Lash, 1997b: 165). No obstante, como señala

Laclau, todo orden social posee un antagonismo que le es inherente (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 1993). En este sentido, con la excusa de una “liberación” de las estructuras del modelo industrialista, la teoría de la Modernización Reflexiva termina defendiendo un esquema individualista, en el que los antagonismos constitutivos, es decir, lo propiamente político, son reducidos a la “pura administración” de cuestiones culturales (Mouffe, 1999 y 2005; Laclau, 2003: 305 y 2005: 37)

Post Scriptum

En los últimos años, la aplicación del neoliberalismo ha provocado un fuerte costo económico-social. Niveles de desempleo históricos, una pobreza alarmante, una desigualdad de riquezas y una precarización vergonzantes, han hecho emerger en los sectores más castigados de América Latina, e incluso en algunos países del Primer Mundo, importantes sectores que se animan a cuestionar el discurso oficial ortodoxo. Así, desde los zapatistas en México y los piqueteros en Argentina, hasta los llamados “globalifóbicos”, originados en Seattle, y liderazgos como los de Hugo Chávez, en Venezuela, y Evo Morales, en Bolivia, han criticado la idea de una globalización determinista que estaría gobernada por las “inescrutables e invencibles fuerzas de la naturaleza”, para revalorizar la contingencia y la posibilidad de acción inherente a la política. Esta actual revalorización de la capacidad de “poder actuar”, de “iniciar un nuevo comienzo”, según decía Arendt (1996), es muy relevante ya que nos permite ir dejando de lado, ahora sí, la visión naturalista o heterónoma de los fenómenos, que entendía a la política como subordinada al disciplinamiento impuesto por la economía, en pos de una visión constructivista que recupera su capacidad transformadora. En este sentido, todo indicaría que podemos ser optimistas y concluir que la fase crítica del sistema global neoliberal ha llegado a su fin. Sin embargo, debemos ser muy cautelosos ya que, si bien se está revalorizando la acción política, entendida como la capacidad de modificar el estado de cosas vigente, muchos de los postulados de la globalización neoliberal, como la necesidad de reducir el gasto público social para disminuir el déficit fiscal, siguen siendo defendidos por algunos de los líderes latinoamericanos que han emergido. Por otra parte, continúan existiendo en estos países altos niveles de desempleo, pobreza y desigualdad, además de una redistribución regresiva de la riqueza. En cuanto a la sociedad civil, pese al incremento de las protestas, sigue vigente en ciertos sectores la creencia de una globalización en la que lo específicamente político, asociado al antagonismo, se encuentra ausente. Por otra parte, se hace difícil organizar la acción colectiva cuando presenciamos altos niveles de atomización social y cuando el consumismo fomenta aún más el individualismo.

En suma, podemos decir que hay razones para ser optimista. Sin embargo, también hay razones para ser cautelosos. Sólo cuando los países de América Latina, y las sociedades civiles de esos países, logren articular una alternativa real y consistente al orden vigente, podremos constituir una nueva hegemonía. La esperanza que renace será, entonces, una realidad.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, P. (1997): "Neoliberalismo: balance provisorio", en E. Sader y P. Gentilli (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

ARENDT, H. (1996): *La condición humana*, Barcelona: Paidós.

ARONSKIND, R. (2001): "Globalización en Argentina, o la voluntad soberana de subdesarrollarse", *Época*, año 3, N°3, Bs. As.

BECK, U. (1996): "Teoría de la Modernización Reflexiva", en J. Beriaín (comp.), *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*, Barcelona: Anthropos.

BASUALDO, E. (2003): "Las reformas estructurales y el Plan de Convertibilidad durante la década de los noventa. El auge y la crisis de la valorización financiera", *Realidad Económica*, N° 200, Bs. As.

BASUALDO, E. (2006): *Estudios de historia económica argentina*, Bs. As.: Siglo XXI, FLACSO.

BAUMAN, Z (2003): *En busca de la política*, Bs. As.: FCE.

BERMAN, M (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid: Siglo XXI.

BORÓN, A (1999): "Pensamiento único" y resignación política: los límites de una falsa coartada", en A. Borón, J. Gambina y N. Minsburg (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Bs. As.: CLACSO.

BOURDIEU, P. (1999): *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona: Anagrama.

CANITROT, A. (1981): "Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981", *Desarrollo económico*, N°82, vol. 21, julio-sept.

CAVAROZZI, M. (1997): *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Bs. As.: Ariel.

CORAGGIO, J. L. (1999): "¿Es posible pensar alternativas a la política social neoliberal?", *Nueva Sociedad*, N° 164, Bs. As.

EZCURRA, A. M. (1998): *¿Qué es el neoliberalismo?. Evolución y límites de un modelo excluyente*, Bs. As.: Ideas.

FAIR, H. (2007): *Identidades y representación. El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista (1991-1995)*, Tesis de Maestría para aplicar al grado de Magíster en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (en evaluación).

FORTE, M. A. (2003): "Globalización: un clásico de la modernidad", en M. Reigadas y C. Cullen (comps.), *Globalización y nuevas ciudadanía*s, Bs. As.: Suárez.

GAMBINA, J (1999): "La crisis y su impacto en el empleo", en *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Bs. As.: CLACSO.

GARCÍA DELGADO, D. (1994): *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mimeo.

GARCÍA DELGADO, D (1998): *Estado Nación y globalización*, Bs. As.: S/D.

GIDDENS, A.(1993): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza.

GIDDENS, A. (1995): *La constitución de la sociedad*, Bs. As.: Amorrortu.

GIDDENS, A. (1996): *Mas allá de la izquierda y la derecha*, Madrid: Cátedra.

GIDDENS, A. (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid: Taurus.

LACLAU, E. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As.: Nueva Visión.

LACLAU, E. (1996): *Emancipación y diferencia*, Bs. As.: Ariel.

LACLAU, E. (2003): "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Bs. As.: FCE.

LACLAU, E. (2005): "Populismo: ¿qué hay en el nombre?", en L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Bs. As.: Paidós.

LACLAU, E. y MOUFFE, C. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista*, Bs. As.: FCE.

LASH, S (1997a): *Sociología del posmodernismo*, Bs. As.: Amorrortu.

LASH, S. (1997b): "La Reflexividad y sus Dobles: estructura, estética, comunidad", en Beck, Giddens y Lash, *Modernización Reflexiva*, Madrid: Alianza.

MINSBURG, N (1999): "Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial", en *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Bs. As.: CLACSO.

MOUFFE, C. (1999): *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Bs. As.: Paidós.

MOUFFE, C. (2005): "Política y pasiones: las apuestas de la democracia", en L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Bs. As.: Paidós.

PUCCIARELLI, A. (2002): *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*, Bs. As.: Libros del Rojas.

REPETTO, F (1999): "Transformaciones de la política social y su relación con la legitimidad: notas sobre América Latina en los 90s", *POSTData*, N°5, Bs. As.

SADER, E. (2001): *El ajuste estructural en América Latina. Costos sociales y alternativas*, Bs. As.: CLACSO.

SCHVARZER, J. (1986): *La política económica de Martínez de Hoz*, Bs. As.: Hyspamérica.

THWAITES REY, M. (2002): *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en la Argentina*, Bs. As.: EUDEBA.

TORRADO, S. (1994): *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, Bs. As.: Ediciones De la Flor.

VILLARREAL, J. (1996): *La exclusión social*, Bs. As.: Norma-FLACSO.

Fuentes

Página 12

ⁱ Este trabajo es una reformulación de una ponencia presentada en el VII Congreso argentino chileno de estudios históricos e integración cultural, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta (UNSA), 25 al 27 de abril. ISBN N° 978-987-9381-80-9.

ⁱⁱ Por modernidad entendemos los modos de vida u organización social que surgieron en Europa, principalmente Francia e Inglaterra, entre el siglo XVI (Berman, 1988; Lash, 1997a) y comienzos del siglo XVII (Giddens, 1993). Según Berman (1988), podemos separar a la modernidad en tres fases. En una primera fase, que se extiende aproximadamente desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII, las personas comienzan a experimentar la vida moderna, aunque no se sienten parte de una nueva era (p. 1). Con la Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII, comienza una segunda fase. En esta fase el público comparte la sensación de estar viviendo una época revolucionaria que afecta todas las dimensiones de la vida personal, política y social. Ello se expresa en la proliferación de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, vastas zonas industriales, un mayor crecimiento urbano y una ampliación de los medios de comunicación de masas (telegramas, telégrafos, teléfonos). Asimismo, se expanden los Estados, los movimientos sociales, la acumulación de capital de las empresas multinacionales y los mercados mundiales (pp. 2-3). En el siglo XX se origina una tercera fase. En esta fase el proceso de modernización se expande hasta abarcar prácticamente todo el planeta. Sin embargo, al mismo tiempo, la idea de modernidad pierde su capacidad de dar un significado a la vida de las personas (p. 3).

ⁱⁱⁱ Según Giddens, la modernidad se caracteriza por una serie de "discontinuidades" en relación a períodos anteriores: 1) Un creciente "ritmo de cambio". Este se observa en los continuos descubrimientos tecnológicos y en los bruscos cambios en los últimos tres o cuatro siglos en la

mayoría de las condiciones que existían previamente.²) Discontinuidad en el “ámbito del cambio”: Las transformaciones sociales se extienden territorialmente hasta abarcar la totalidad mundial. 3) La “naturaleza intrínseca” de las instituciones modernas. En primer lugar, la vigencia de los Estados-Nación. En segundo lugar, la dependencia de la producción de fuentes inanimadas de energía. Por último, la mercantilización de los productos y del trabajo asalariado (véase Giddens, 1993: 17-19 y ss.).

^{iv} Los cambios de origen tecnológico y económico tienen como punto de referencia la crisis del dólar en 1971 y la del petróleo en 1973. Esta última volvió prioritario utilizar materiales sintéticos para reemplazar a las materias primas estratégicas y buscar formas de producción que insumieran menos energía. El nuevo paradigma tecnológico se conformó en torno a la microelectrónica y posibilitó el abaratamiento de la información. El resultado fue que las nuevas formas de producción requerían más información y menos contenido de energía, materiales y mano de obra (cfr. García Delgado, 1998: 25).

^v Esto no impidió, sin embargo, que no lo hiciera sin contradicciones, producto del veto del sector militar. Al respecto, véanse, entre otros, Canitrot (1981) y Schvarzer (1986).

^{vi} Este cambio de visión fue originado tras el triunfo antisomocista en Nicaragua. A partir de ese momento se comenzó a considerar que los autoritarismos deslegitimaban a los gobiernos y el respaldo popular y beneficiaban a la “subversión”, que podía construir amplias coaliciones en torno a reivindicaciones democráticas. De allí se derivó que las dictaduras constituían un “boomerang” (cfr. Ezcurra, 1998: 46-47).

^{vii} Muchos de estos países se habían endeudado a partir de la década del '70, situación producida por el fácil acceso a los créditos blandos que inundaron el mercado interno de la mano de los llamados “petrodólares”.

^{viii} La cuestión acerca de los orígenes de este fenómeno es un tema fuertemente controvertido. Sintéticamente, podemos diferenciar dos posturas generales. Por un lado, están aquellos que dicen que la globalización ya existía en períodos anteriores. Según esta corriente, ya hace 150 años, Marx y Engels, habrían predicho el fenómeno (cfr. Gambina, 1999: 77; Borón, 1999: 220; Forte, 2003: 34). Esta corriente habría sido continuada por el líder comunista Lenin, para quien la expansión mundial toma el nombre de Imperialismo. Para aquel, lo que conocemos como globalización existió desde el nacimiento del capitalismo debido a que el capital históricamente buscó expandirse hacia otros mercados (Gambina, 1999: 77). Desde una perspectiva de origen marxista, Immanuel Wallerstein elaboró hace unas tres décadas una nueva teoría. Según él, la “economía mundial”, esto es, las “conexiones económicas extensivas geográficamente”, existieron anteriormente al capitalismo, sólo que eran diferentes a las de los tiempos modernos. Las anteriores economías mundiales estaban basadas en relaciones comerciales que sólo se limitaban a algunas regiones de los Estados imperiales grandes. Pero, con la llegada del capitalismo, se alcanza, por primera vez, un orden “auténticamente” mundial en su alcance (citado en Giddens, 1993: 71). Siguiendo esta tesis, algunos autores actuales sitúan el comienzo de la globalización a partir del descubrimiento y colonización de América y concuerdan que la expansión mundial es inherente al capitalismo (Minsburg, 1999: 19). Estos autores coinciden con sus antecesores marxistas en que el capital busca expandir sus mercados para acumular ganancias. Pero, adaptando la teoría a los tiempos actuales, consideran que la globalización consiste en una ideología propagada por los sectores neoliberales con el objeto de dismantelar los Estados de Bienestar. En este sentido, a diferencia de Marx y Lenin, no abogan por destruir el capitalismo, sino por reconstruir el Estado. Por otro lado, están aquellos que creen que el fenómeno actual no tiene precedentes en la historia. Estos pensadores analizan los efectos de la globalización y afirman que los Estados están perdiendo, de una manera inevitable, gran parte de su soberanía y su capacidad de influir en los acontecimientos mundiales. Además, dan cuenta de un período de expansión comercial como nunca antes (Giddens, 2000: 21). Esta línea de pensamiento, que se origina en el campo de las relaciones internacionales, afirma que, en su nacimiento, los Estados soberanos ejercían el control administrativo de sus fronteras. Pero que, a medida que el sistema de Estados fue madurando, las pautas de interdependencia entre los Estados fueron desarrollándose hasta ser cada vez más interdependientes entre sí y con las organizaciones intergubernamentales. Además, asegura que los Estados están perdiendo progresivamente su soberanía y, en algunos casos extremos, llega incluso a afirmar que nos dirigimos hacia un “Estado mundial” (la llamada “Aldea global”) (cfr. Giddens, 1993: 69).

^{ix} Para un análisis de los cambios producidos en la estratificación social en nuestro país, véanse, entre otros, Torrado (1994) y Villarreal (1996).

^x Para un análisis de las transformaciones en la estructura económica en nuestro país durante la década del '90, véanse, entre otros, Basualdo (2003 y 2006) y Thwaites Rey (2002).

^{xi} Esto ha sido particularmente importante en el caso de nuestro país durante la década de los '90, con el auge de los créditos para el consumo de automóviles, viviendas y electrodomésticos, la posibilidad de viajar al exterior para hacer turismo y la incorporación de tecnología del Primer Mundo. Al respecto, véase Fair (2007).

^{xii} A pesar de las semejanzas entre ambos, hay que remarcar que para Beck el riesgo es básicamente ambiental. Giddens, en cambio, se refiere a una inseguridad ontológica (psíquica y social). Por otro lado, cabe aclarar que mientras para Giddens la seguridad se logra a través de los sistemas expertos, para el sociólogo alemán estos constituyen obstáculos y desconfía de ellos (cfr. Lash, 1997b).

^{xiii} La ideología imposibilista hace referencia a “un discurso conservador, inmovilista, articulado a la reproducción de lo ya existente, receptor pasivo y acrítico de las innumerables restricciones que presenta la realidad actual y justificador de la inanición, derivada del reconocimiento del margen casi nulo que hoy existe para construir cursos de acción alternativos y proyectos que, por ser diferentes, devienen en proyectos imposibles” (Pucciarelli, 2002, op. cit., p. 97).

^{xiv} Los sectores dominantes, representadas por el FMI, el Banco Mundial y el sistema bancario globalizado, lograron imponer una “política económica de la incertidumbre” que “torna innecesarios los costosos instrumentos de disciplina basados en la ley, la censura y la vigilancia panóptica, instrumentos que son reemplazados por la barata, aunque muy eficaz, incapacidad de actuar de manera concertada de los individuos privatizados e inseguros” (Bauman, 2003, op. cit., p. 183).

^{xv} Como ejemplo, podemos citar las palabras del presidente Carlos Menem en su discurso del 5 de julio de 1990: “Nuestros países, individualmente, no pueden modificar ni un ápice de la realidad política económica-mundial, aunque esta nos afecta profundamente” (citado en Fair, 2007: 78).

^{xvi} “En la última generación, tanto los regímenes de izquierda como los de derecha han fracasado. Este derrumbe empezó en Europa con España, Portugal y Grecia. Luego, durante los años ochenta, se acabaron los regímenes militares de derecha latinoamericanos y, al final de la década, tuvimos la caída del comunismo. Todo esto parece indicar que hay un principio de legitimidad mundialmente reconocido en este momento, que es la democracia liberal” (Entrevista a Francis Fukuyama, en *Página 12*, Suplemento “Primer Plano”, 08/09/91, pp. 2-3).